

XII

—¡Bonita casa tienes!...—dijo don Juan á su cuñada, al entrar en la sala, volviendo el rostro y paseando sus miradas por el jardinito.

—Chica para nosotros... Pero, en fin, como Dios nos ayuda, cabemos en ella.

Los jóvenes se habían detenido en el corredor con doña Carmen mientras Margarita corrió hacia el interior de la casa, para dar las últimas órdenes, á pretexto de llevar los sombrerillos y los devocionarios de su tía y de su prima.

Los criados franceses fueron al comedor con Ramoncito, quien, si era necesario, les serviría de intérprete. Pero no fueron necesarios los servicios del chico: uno de los mozos mascullaba el castellano por haber

estado algunos meses en la casa de un general carlista desterrado de la Península y residente en París. Admiróse Filomena del buen porte de los camareros, y pronto se sintió tranquila.

—¡Qué guapos!—pensaba—¡Y qué expeditos!

Don Juan, don Cosme, los clérigos y doña Dolores, conversaban en la sala. Los eclesiásticos y don Cosme de la proyectada traslación de la Sede episcopal á Villaverde, y el capitalista y su cuñada de la ida de Pablo con sus tíos. Quedó resuelto que el mancebo permanecería en Pluviosilla hasta que la casa fuese quitada.

—Me es necesario aquí, muy necesario, Juan. Pablo es todo en esta casa. Sin él no sé qué haríamos!

—Y sabes, Lola,—prorrumpió el capitalista—que este retrato de Ramón es muy bueno? Ahora me gusta más que antes. Me acuerdo que lo hizo un español, y que cuando nos lo trajo, á Ramón no le gustó. Yo le dije que era obra excelente, y hoy pienso lo mismo.

E interrumpiéndose agregó:

—Vende estos muebles....

—¿Venderlos? Son de madera muy fina.

—Sí; pero.... pasados de moda....

—Les tengo cariño.... Son un recuerdo.

—Hija; en las casas suelen ser un estor-

bo los recuerdos. Vende todo esto.... ¿Vas á instalarte en Méjico con este ajuar pasado de moda? ¡Librenos Dios! Si tú hubieras visto la casa que tenemos en París! Hija, no hay que darle vueltas: para las cosas de gusto los franceses, y nada más que los franceses!

El criado anunció que el desayuno estaba servido. Pronto estuvieron todos en el comedor.

—¡Vaya! ¡Vaya! Pero, Lola.... ¿qué lujos son esos?—exclamó don Juan al ver las mancerinas, puestas delante del Canónigo y del P. Anticelli con sendos pozuelos de chocolate—¡Cómo me he acordado de estas mancerinas allá en París! En España, en Sevilla, en la casa del señor Arzobispo, ví unas así; otras en la casa del Marqués de Alcázar....

Elena y Margarita departían alegrementemente con sus primos, los criados servían, y Filomena desde la pieza inmediata se admiraba de la habilidad de los franceses.

—Sí;—prosiguió don Juan,—estas mancerinas, padre Anticelli, son viejas en la casa. Son de nuestros abuelos....

Y el buen sacerdote, en buen castellano, pero con acento florentino, alabó los chirimbolos y se soltó disertando acerca de la invención de los platos y del origen de su nombre.

—¡Lolita! ¡Lolita!—siguió diciendo don

Juan.—No quisiera decírtelo, no quiero decírtelo, pero... pero... ¡yo me llevo esas mancerinas. ¡Si al tenerlas delante me parece que veo á mis padres, cuando de mañanita, al volver de misa, se desayunaban uno frente á otro! Mi papá afable y cariñoso; mamá siempre risueña! Sí, me las llevo. Pídeme lo que quieras... Te las pagaré bien.

—¡No es necesario eso, Juan!—contestó pensosamente la dama.—Tuyas son.

—Pues hija, puedes estar segura de ello... Te lo agradezco de todo corazón.

Algo de esto oyó Elena, pero era tan viva y animada su conversación con Juan, que no detuvo el pensamiento en lo que decían su tío y su mamá. Desde el día anterior estaba encantada del ingenio y de las genialidades de su primo. Jamás había tratado á un hombre así. El joven la atendía cariñosamente, atento á todos sus deseos, adivinándole el pensamiento, derramando sobre ella algo como una luz misteriosa cuyas ondas tibias la reanimaban en cualquier desmayo.

—¡Qué semejanza la nuestra!—pensaba la niña! ¡No parece sino que hace años que le trato y me trata! ¡Y yo, tonta de mí, que me esperaba encontrar en él, un necio y un fatuo! ¡Y qué bien que habla de todo! ¡Y qué voz la suya tan agradable! ¡Y qué suave el cutis de sus manos, y qué perfume el de sus vestidos, que me embriaga como el aro-

ma de orquídea! ¡Si habla bien de todo, de todo, con gracia, con elegancia, con ternura! ¡Qué bien me ha descrito el altar y el túmulo!... Cuando me habla de París, de los paseos, de los teatros, de las calles, de las fiestas, de los espléndidos bailes, me parece que veo todo...

Y la ceguezuela se gozaba en respirar el perfume exótico de los vestidos de su primo.

Margarita departía con Alfonso. La hermosura ingenua y blonda de la joven se compadecía maravillosamente con el carácter melancólico y ensoñador de su primo. Charlaban de naçerías, pero de esas naçerías serias que interesan y son fecundas en el mutuo cambio de ideas y sentimientos. Alfonso era un aburrido, Margarita una ensoñadora. El gustaba de lamentarse de la existencia. Ella se complacía en despertar en su primo anhelos de vida, ilusiones que el mozo creía muertas y que Margarita aseguraba que no habían muerto porque no habían nacido aún.

Terminaba el desayuno, mejor dicho, había concluído ya, cuando una involuntaria exclamación de Juan impuso silencio á todos.

—¿Qué pasa?—preguntó doña Carmen en voz alta, con expresión temerosa.

El joven contaba y volvía á contar el número de personas que estaban á la mesa,

y dijo entre asustado y sonriente:

—Somos trece.

Callaron todos. El canónigo y don Cosme se miraron como sorprendidos. El P. Anticelli rompió el silencio diciendo contrariado.

—Ma... ¡tonterías!... ¡Lo mismo que si no fuésemos ni menos que las Gracias ni más que las Musas!



XIII.

A decir verdad: don Juan, doña Carmen, María, Juanito y Alfonso, se levantaron de la mesa pensativos y tristes. ¡Trece en la mesa! ¡Y nadie lo había advertido! ¿Quién tuvo la peregrina ocurrencia de invitar al P. Anticelli? Unos decían que don Cosme; otros que había sido el Dr. Fernández; alguno llegó á insinuar que el buen italiano había venido sin ser llamado. Esto último desagradó á doña Carmen, la cual, contrariada y molesta, declaró terminantemente que ella había sido, y dijo nerviosa y mohina:

—¡Yo! ¡Yc fuí! Yo no creo en esas cosas, y me río de esas supersticiones propias de quienes no creen en cuanto deben creer. ¡Mentira parece que personas ilus-

tradas, que gentes cristianas y católicas paren su atención en ciertas cosas! ¡El martes! ¡El número 13! ¡El salero volcado en la mesa! ¡Las mariposas negras! ¡Los espejos rotos! ¡Tonterías, tonterías! Hay gentes que no creen en Dios, que ni reconocen su misericordia ni temen su justicia, y se afligen, y se acongojan porque han volcado un salero. . . .

—¡Tía! —interumpió Juanillo — ¡Tía! Tiene vd. una elocuencia digna de mi padrino el Sr. Fernández.

—Calla, muchacho! —replicó la dama.— Me apena lo acaecido; me apena por tus padres, y por ustedes, de quienes no sabía que dieran importancia á tales patrañas. . . . Pero, hijo mío, piensa, aunque te burles de mi elocuencia, que son patrañas y nada más que patrañas. Como la cosa no tiene remedio, dejarla, muchacho, dejarla!

En la sala se trataba del mismo asunto. El Doctor callaba prudentemente; don Cosme no despegaba los labios, pero en lo interior luchaba con sus dudas. Dado á la contemplación de lo sobrenatural y mirífico se decía: “¿Será cierto?” El P. Anticelli en frase vehemente, autoritativa, á las veces burlona, que solía rayar en severa, y hasta parecía regaño, se esforzaba inútilmente en convencer á doña Carmen y á don Juan, de qué tamaña superstición, muy común en Francia en las clases cultas, lo mismo

que en las masas vulgares, no se compadecía con una fe ilustrada, ni con las creencias católicas. “Todas esas patrañas—repetía— proceden del Protestantismo, son fruto luterano. . . . Mi señora doña Carmen: ¿qué dice vuestro buen Ripalda? ¿Qué dice? “Que peca contra la fe quien cree cosas supersticiosas, ignora, niega ó duda lo que debe creer.”

Pero los empeños del sabio jesuita eran ineficaces. . . .

Doña Carmen contestaba:

—No, padre mío: no creo en eso, nó; pero he visto tantos casos. Que éste se lo cuente á vd.

Y don Juan, muy gravadoso y serio, se echó á contar novelas y aventuras fatídicas. El, en París, en Viena, en Niza, en Trouville. . . .

—Sí,—replicó el jesuita—de Trouville procede, tal vez, aquello del bufón de Eusebio Blasco: “éramos trece á la mesa: doce ostras, y. . . yo!” No, mi señor; el número trece sólo es fatal, como dice no sé quién, cuando no hay comida más que para doce! Serénese vd.; aquí había desayuno para veinte.

Afuera, en el comedor, decía Juanito:

—Yo soy un espíritu fuerte. . . . Casi casi no creo en nada. . . . pero esto me preocupa y entristece. . . . María apoyaba los dichos de su hermano. Pablo y Margarita se reían, disimulando su risa y tratando de llevar la

plática por distinto sendero. Elena y Alfonso charlaban en el sofá.

—¡Ya me explico todo!—exclamó repentinamente Juanillo.

Todos callaron. El mozo prosiguió en voz baja, pero en tono de completa sinceridad:

—Hemos tenido en la mesa al P. Anticelli. ¿Es italiano?

—¡Sí!—contestaron á una Pablo y Margarita, él con fría curiosidad, ella abriendo hermosamente sus rasgados ojos azules.

—Pues bien:—prosiguió el joven—los italianos son los primeros "gettatori" del mundo!

Margarita protestó valerosamente:

—¿Gettatore el P. Anticelli! Calla, Juan, calla, por Dios. Es tan bondadoso, tan afable, tan cariñoso! Suele parecer áspero, eso sí, no lo niego, pero en el fondo ¡qué dulzura! ¡qué nobleza! ¡qué bondad!

En el comedor, mientras levantaban la mesa, los franceses hablaban también del accidente, ambos pensativos, el menor triste y sombrío. ¡Sepa Dios qué temores le habían asaltado!

Filomena iba y venía recogiendo la vajilla y poniendo en lugar seguro los antiguos cubiertos de plata y las vetustas mancerinas.

El P. Anticelli, agotada la conversación, se puso en pie para despedirse. Alguno le

invitaba para ir á visitar la Fábrica del Albano, de la cual era don Juan uno de los más importantes accionistas.

—No; mil gracias!—respondió—Me aguardan otros quehaceres. Divertíos.

¡Alegrarse! Dejaos de agieros y de cosas tristes, que la vida es buena y la virtud alegre. . . . ¡Que todo sea para la mayor gloria de Dios!

Despidióse el clérigo de la señora, despidióse de los demás, y como el capitalista se dispusiera para acompañarle hasta el zaguán, el jesuita le detuvo, y le hizo volver á su asiento.

—¡Ma. . . !—exclamó—No, señor. . . . Afuera están los herederos. Ellos cumplirán por vd.

En el grupo juvenil se charlaba alegremente. Pablo y Ramoncito conversaban cerca del zaguán; María se entretenía en arreglar las flores de una jardinera; Elena departía con Juan, y Margarita con Alfonso.

El P. Anticelli se detuvo un instante á contemplar el grupo, y, mirando por sobre las gafas, clavó en las muchachas y en los mancebos, viva y penetrante mirada.

—¡Óver es. . . —murmuró cortesmente—que Dios os guarde!

Juan y Alfonso se miraron por manera significativa, sonrientes ambos.

—Supongo. . . —continuó el jesuita—

que vosotros no estaréis tristes, ni creeréis en patrañas. . . . ¡ Bien! ¡ bien!

Las señoritas y los jóvenes se levantaron.

—¡ Adiós, Elena!—Y volviéndose á Juan: —Esta es la buena niña. . . . Queredla mucho!—Y siguió, dirigiéndose á Margarita: —Dios te bendiga, muchacha, por tu excelente corazón!

Saludó con una inclinación de cabeza, dió la mano á Pablo y á Ramoncito, é iba á salir, cuando se presentó doña Carmen.

—¿ Se va vd., P. Anticelli?

—Sí, Dolores!—y prosiguió en tono jovial.—Mira cómo te las compones con estos mancebos que están tristes. . . . Creen sin duda que les amenaza una gran desgracia!

—No, padre mío; no creen tal cosa. . . . Es de moda eso. . . . y de ahí que se finjan supersticiosos.

—¡ Bien! Bien! ¡ Adiós!

Y se fué.

No bien hubo salido el P. Anticelli, cuando apareció don Juan en la puerta de la sala:

—¡ En marcha!—dijo—El tranvía nos estará esperando!

Todos dejaron sus asientos. Los mozos buscaban sus sombreros; las señoritas los suyos. Doña Carmen se dirigió al salón. Allí, en voz baja, habló con ella el capitalista, y luego éste gritó en francés: Luis, ven acá!

Presentóse el mozo.

—Recoge,—díjole don Juan—recoge dos platos de plata que te dará la señora. . . . y Hévalos al Hotel, y guárdalos en una de mis cajas!

—¿ Qué?—preguntó Elena, al oír esto, en momentos en que pasaba junto á doña Carmen.—¿ Qué dice?

—¡ Calla, hija, calla—respondióle sigilosamente la señora. . . . Ya te diré. . . .

Y dando el brazo á su hija, se dirigieron ambas á la pieza inmediata. La pobre ceguezuela iba llorando.

—¡ Mamá!—repetía afligida—¿ Por qué ha dicho eso mi tío? ¿ Le has regalado las mancerinas?

—Me las pidió. ¡ No pude negárselas!

—¡ Pero, mamá!

—¡ Resignación, hija mía! Ofrece á Dios este sacrificio.





XIV

Esa noche, al volver del Hotel, y ya recogidas en su alcoba, y mientras Pablo y Ramón estaban en el teatro con sus primos, Margarita y Elena hablaban de los sucesos del día.

—Estoy muy cansada;—decía la ceguela—pero no quiero acostarme sin platicar antes contigo. ¡Cómo me he reído de las supersticiones de los muchachos y de mis tíos! ¡Si parece mentira, si no es posible que personas ilustradas den importancia á ciertas cosas! No sé si tú lo habrás observado.... A mí para comprenderlo, me bastó lo que oía yo. Todos han estado tristes. Poco hablaron durante la ida y la vuelta. Mi tío estaba de mal humor, hasta brusco y áspero; á tía Carmen todo se le

volvía suspirar y temer próximas desgracias; María.... ¡María es una boba, una sandía, que, como no sea para decir frivolidades, no despega los labios, Para ella no hay nada como París.... Yo pienso y sé cuánto vale París, pero no creo que carezca de defectos... ¿Que es muy lindo? Si que lo será, convenido, pero ya me tiene cansada esa criatura con su París. ¿Sabes lo que me dijo? No puedes imaginártelo. Pues... me dijo, yo creí que intentaba burlarse de mí, me dijo que los alrededores de París son más fértiles que la vega de Pluviosilla; que allí la vegetación es vigorosísima, que se dan las piñas tan hermosamente como en... el Brasil!

—¡Ten paciencia, mujer, ten paciencia!

—Si no me impacienta, me causa risa y me divierte! Y.... dime: ¿está bonita María?

—¿Bonita? Bonita.... no; pero sí agradada y simpática. Cuerpo gracioso y esbelto; cuello airoso, carita alegre; ojitos varachos.... La boca es mala.... pero la dentadura parece hecha con dos hilos de perlas.

—¿Es elegante?

—¡Oh! Eso sí: muy elegante. Viste con sencillez. Es cierto que mucho le ayuda el buen gusto y el corte soberbio de los vestidos. Esta mañana para ir á la iglesia se puso un vestido negro, de seda opaca, que

era una maravilla. Cuando pasamos al Hotel para irnos á la Fábrica, yo le dije que se mudara el traje y que llevara uno más ligero y vistoso, y entonces estuvimos buscando otro, tal como yo decía, por cierto que no le hallamos....

—Y por cierto que mientras, en el tranvía, ya nos cansábamos de esperar á ustedes.

—Por fin se decidió, ó mejor dicho, nos decidimos por uno de paño claro y ligero. Pero si tú hubieras podido ver qué lindos trajes ha traído!

—¡Y otros más que traerá!

—Como que dice que viene bien provista, muy bien provista, porque ya sabe que en Méjico no hay sastres de señoras, y si los hay no serán como los de.... París; que ya sabe que aquí las telas son malas y carísimas.... no como las de.... París; y que ya se imagina el mal gusto de las modistas, de las cuales la mejor no será....

—¡Como la peor modista de París!

—El traje que llevó esta mañana, aunque de invierno, é impropio para este clima y para un día tan caluroso como el de hoy, es primoroso; un traje de calle, casi de viaje, ceñido y airoso. Es de color claro, como de café crudo, sencillo, entallado de un modo elegantísimo, que deja lucir la esbeltez del cuerpo, la cintura delgadita, y el busto distinguido. Completan ese traje, cue-

llo y puños á la inglesa con sendos botoncillos de nácar; corbata de seda, crema, con jaspes de sepia esfumados en algunas vueltas; guantes de Suecia más oscuros que el vestido, y un sombrerillo, ¡qué sombrerillo, Lena! ¡qué sombrerillo! Chiquitín, de seda también, como la corbata, de color semejante, con unas cuantas cintas más oscuras, un haz de campánulas amarillas, de un amarillo muy suave, y un puñado de "edelweiss!"

—Dejemos á María.... Alfonso era el menos triste.... (como que tú lo traes entusiasmado)....

—¡Jesús, criatura! No digas eso.

—Juan hablaba poco....

—¿Poco? ¡Pero, hija, si no puede hablar más de lo que habla!

—No, realmente estaba triste.... Estoy segura de que no tuvieron sus labios la más breve sonrisa....

—No, no estaba triste. No creas que le duró mucho el recuerdo del número trece. Como que tú le traes loco....

—¿Loco? ¡Margot! ¡Por María Santísima! ¡Qué cosas se te ocurren á tí!

—Díganlo si no los requiebros y piropos que tiene para tí.... las cosas que te dice, y el modo con que te mira....

—Pues ¿cómo me mira?

—Pues cómo ha de ser, Elenita mía, cómo ha de ser!

—Si, pero.... ¿cómo?

—Ya comprenderás....

—No comprendo.... ¿Cómo?

—¡Jesús, Lena, si preguntas más que el Ripalda!

—Margot: dime cómo me mira Juan!

—Pues, criatura; como un doncel ferido de amores!

La ceguezuela soltó una carcajada, y al desbordarse la risa de sus labios, aquellos ojos sin luz, intensamente negros, brillaron con extraordinaria belleza.

Margarita prosiguió:

—De veras: qué traje tan bonito el de María! ¡Pocos había más correctos y más elegantes!

—Y dime—preguntó Elena—y Alfonso es guapo?

—Yo no me detengo á observar eso.

—Margot: no seas hipocritilla.

—¿Hipócrita? ¿Por qué?

—Yo sé lo que las palabras quieren decir. ¿Piensas que yo no estuve atenta á lo que ustedes conversaban en la mesa, esta mañana? Si ya sabes que yo lo oigo todo, y á pesar mío, todo lo escucho.... ¡Bien que me sé á qué huelen las rosas!

—Aquí no hay tal olor ni tales flores.

—¿Cómo es Alfonso, Margarita mía?

—Como todos los hombres.

—¿Es guapo?

—No es feo.

—¿Es inteligente?

- No es tonto.
 —¿Se te inclina?
 —¡Sépalos Dios! Y... mira: sin querer estamos parodiando á Santa Teresa.
 —Ahora dime....
 —¿Otra preguntita?
 —Sí.
 —¿Que te diga yo cómo es Juan?
 —¡Criatura!
 —Sí, si eso es lo que quieres saber! Y no he de responderte.
 —Lo que quiero saber es otra cosa.
 —¿Otra cosa? ¡A que nó!
 —Sí.
 —Otra cosa muy distinta.
 —No; quieres saber si Juanito es guapo.
 —No; porque eso ya me lo dijiste anoche. Me dijiste: lo es y mucho, y muy simpático, y muy elegante, y muy distinguido y....
 —¡Y muy parlanchín!
 —Margot, no seas así. Lo que quiero saber es.... quién de los dos es más apuesto? Tú dirás que Alfonso.
 —Pues te diré que Juan.
 —Dime la verdad, Margot; no te burles de mí.... ¡No seas cruel!
 —Pues.... de los dos, el más guapo es.... ¡Los dos igualmente!....
 —Eso no puede ser.
 —La verdad.... la verdad: Juan! Alfonso....
 —Alfonso.... qué?
 —Alfonso es bueno.



XV

Resolvióse todo de una manera definitiva. La familia se iría á Méjico tan luego como levantara la casa; Pablo sería llamado, si era preciso, oportunamente; Ramoncito debía continuar sus estudios en la Escuela Nacional Preparatoria,—lo cual no era muy del agrado de su mamá, siempre temerosa de riesgos y perdiciones para su hijo,—y doña Dolores recibiría cien pesos cada mes para atender á las necesidades de su familia.

Dióle don Juan quinientos pesos para ayuda de gastos, y tanto el capitalista como su esposa y sus hijos, manifestaron á todos sumo cariño y vivísimo deseo de tenerlos cerca. ¡Cómo se felicitaban de lo acordado, cómo se mostraban alegres y contentos!

—¡Ya lo ves,—repetía doña Carmen— ya lo ves! ¡Juan es así! Todos dicen que tiene mal carácter, que es egoísta, y avaro y rencoroso. . . . Pero no es verdad, no es verdad! Yo, que le conozco bien, sé cuánto vale. ¡Vale mucho! Es delicado y sensible, y aunque á veces parece duro de corazón, no hay en él nada de eso. El tiene sus ideas, es cierto; tiene sus ideas, acaso rartio y desamorado, y ¡ya lo ves! No guarrencoroso. Mira tú; con ustedes podía ser, no lo niego, muy raras. . . . pero no es da rencor. Mucho hace por tí y por tus hijos. . . . Pues. . . . hará más, mucho más!

Doña Dolores callaba entristecida. Sentíase humillada al recibir dinero de su cuñado, y pensaba que, en lo futuro, cada cantidad recibida importaría para ella y para sus hijos nueva y dolorosa humillación.

—¡Paciencia!—decía para sí.—¡Paciencia! Iremos, ¡qué se ha de hacer! Pablo tendrá un buen empleo, y entonces, poco á poco, devolveremos á Juan lo que ahora nos da. . . . No aceptaremos ni un centavo más; viviremos económicamente. Moncillo será abogado, volverá á Pluviosilla, abrirá bufete, tendrá clientela, y todos, todos, menos Pablo, tornaremos á nuestra amada ciudad á vivir tranquilos y dichosos. Pablo subirá, sí, subirá, porque no podrá menos de ser así. . . . y hará fortuna, y no necesitaremos de nadie. ¡Y si á Pablo se le mete en la ca-

beza casarse? Pues, bien, que se case, con tal que sea con persona que le convenga, con una muchacha modesta y sencilla, sin vanas aspiraciones de lujo. . . . ¡Con tal que sea buena, aunque sea pobre! Y. . . . bien visto el caso: pudiera ser rica. María Durand es rica, riquísima, y sin embargo es una excelente esposa. Así quiero yo una joven para mi Pablo. Además, mi hijo no es un tonto, y aunque joven le sobran mundo y experiencia, y á tiempo cuidará de traerse á su esposa, para sacarla de ese Méjico tan frívolo y vanidoso. ¡Con razón le ha llamado alguno "perpetua feria de vanidades!"

Margarita estaba tristoncilla. Ella habría preferido no salir de Belchite. Quería mucho á Pablo, mucho, pero, si era necesario, que se fuera, que se fuera á Méjico, que allí se colocara; que trabajara allí, que hiciera fortuna. . . . y mientras todos estarían contentos en Pluviosilla, muy metiditos en su casa, sin exigencias, como siempre, tranquilos y olvidados. Si Ramoncillo podía seguir estudiando en el Preparatorio, y hasta estudiar allí cuanto se necesita para ser abogado, ¿para qué ir á Méjico, para qué? Pero cuando discurría para sus adentros, y hablaba de todo esto, allá en el fondo de su pensamiento, entre no sé qué brumas, como envuelta en velos vaporosos, surgía risueña y simpática la silueta de un mozo, de

un mozo delgado, pálido, nervioso, de palabra expresiva, de mirada dulce y apasionada, de un joven ensoñador y blando, abatido siempre por misteriosas añoranzas; Alfonso, Alfonso, cuya figura distinguida no se apartaba ni un instante de la gallarda señorita.

Elena decía:

—¡A mí no me atraen ni el brillo ni los esplendores de una gran ciudad! Para mí todo es tinieblas y noche oscura. Iré á los teatros... oiré comedias y dramas, escucharé buena música, nueva, música clásica, que tanto me gusta... y nada más!

Y luego, hablando consigo misma, hablando quedito, muy quedito, como temiendo que alguien la oyera, allá en lo más hondo y silencioso de su alma, murmuraba: "Sólo una cosa me atraerá desde Méjico: Juan!

El Ramoncillo se mostraba entusiasmado:

—¡Cómo me voy á pasear allí! Teniendo bien repartido el tiempo, me alcanzará para todo. Y los domingos... En la tarde: á los toros. En la noche: al teatro, ó al circo. A mí no sólo me tientan espectáculos y coliseos, no, también deseo estudiar en aquellas escuelas, oír profesores elocuentes y afamados, asistir á las Cámaras cuando se discutan graves y ruidosos asuntos, y cuando haya sesiones borrascosas. ¡Tengo

unas ganas de oír á Mateos! Si, quiero verle con mis ojos, quiero desengañarme... de si es cierto que le aplauden, y si ese aplauso es sincero y no de burlas ó prodigado por aquellos cuyos sentimientos halaga y enardece!

Quedó resuelto que Pablo sería llamado oportunamente; que desde luego dejaría su empleo de la Fábrica, á fin de ayudar á su mamá en cuanto fuera necesario para quitar la casa, y que don Juan se encargaría de buscar en Méjico un local cómodo y decente para la familia; una casa en barrio sano y alegre, ó en Tacubaya, ó en Coyoacán.

El último día que pasó el capitalista en Pluviosilla, fué empleado en hacer visitas. Ya habían estado á verle el administrador de la Fábrica del Albano, el licenciado Castro Pérez, el notario don Quintín Porras (quien había sido en varios asuntos apoderado de don Juan) y otras varias personas de viso con quienes nuestro personaje llevaba de antaño buenas y cordiales relaciones.

Doña Carmen salió de paseo con doña Dolores; el Canónigo y don Cosme comieron en Santa Marta, invitados por los capellanes; y todos los primos se fueron de gira á la hacienda de Fuentelimpia con unos amigos de Pablo y de Ramón.

Volvieron á las seis de la tarde. Ramoncillo y su hermano á caballo con los anfitrío-

nes. Pablo y Alfonso, en un carruaje con las niñas.

—¡Magnífico día! ¡Espléndida tarde! Al regresar de la hacienda, á la luz deslumbrante del sol poniente, pudieron gozar de un soberbio celaje rojizo, que parecía envolver en llamas las nieves del volcán.

—Margot:—decía Alfonso al oído de su graciosa prima—no cambio este día por el mejor de cuantos he pasado en Europa. Tu afecto y tus palabras son para mi corazón como vientecillo primaveral embalsamado con aroma de lilas.

Y Margarita no respondía, y bajaba los ojos, y se entretenía en ordenar las flores que traía en el regazo.



XVI

A las nueve de la mañana doña Dolores, con todos sus hijos, estaba ya en el Hotel.

Quedaban listos los equipajes. Los franceses recogían bultos apresuradamente, pedían órdenes, y se disponían para ir á la estación.

Don Juan almorzaba con tranquilidad olímpica; doña Carmen le acompañaba; María, con sus primas, daba el último toque á su traje; y los cuatro mozos charlaban á la puerta del establecimiento.

—Procuraré—decía Juanito á Pablo,—procuraré que vayas pronto; ya verás que buenos días nos pasamos. Sin duda que tu vida no será allá tan fastidiosa como aquí. Méjico no es París; pero ya cuidaré yo de que sea alegre para mí. Ustedes necesitan salir de la provincia. Tienen todos los jóve-